

Cosas de duendes

Me asombra siempre despertarme y comprobar que he acertado una vez más con este lugar en este mundo, en medio de la infinita variedad del universo; volver a mí, exactamente, y no a zapato o a ratón o a bombero (¿y seré siempre yo?); despertar justo aquí, en este mismo sitio donde la cómoda, el ropero y la mesa de noche siguen siendo los mismos, o por lo menos parecen intentarlo. No importa que a veces este cuarto tome un aire distante o conspirador o sentencioso, que haya cierta reticencia en el trato entre los objetos y los muebles. Igual están y casi se diría que no han cambiado.

En la cama gemela duerme mi hermana Laura. Cuando abra los ojos la estaré mirando y no le gustará. Se enoja, me acusa, cee que estoy al acecho tratando de entrar donde no debo. ¿Y por dónde? Yo solamente estoy esperando que también ella llegue, que escriba su nombre por milésima vez en el certificado que prepararé («Yo, Laura, testigo principal, certifico que Lía vive en esta casa en Toay en el planeta Tierra», etc.), confirmando así que estamos aquí otra vez y que hemos venido para quedarnos. No como sucede en el cuadro de la Anunciación, en el que no sólo el ángel llega desde el cielo y en seguida se irá, puesto que las alas vibran y el pie ya se desprende de las losas invitando a seguirlo, sino que hasta las mismas nubes que se van trasladan a quien las mira con fijeza hacia otro lado. No quiero ni pensarlo, porque inmediatamente empiezo a desprenderme del sitio donde estoy y a entrar en un embudo transparente y giratorio que me lleva y que ya está a punto de atravesar cualquier obstáculo, cualquier sustancia, cuando con un esfuerzo extremo consigo regresar.

Es cierto que a veces, sin anunciación alguna, sin que yo me dé cuenta y como si alguien hubiera accionado una palanca cambiándome de vía, he desembocado en algún escenario de otro mundo. Cualquiera que sea, siempre es una copia, una imitación burda o extraña de este en el que habito, y se delata por alguna presencia disonante o intrusa —cuando en realidad la intrusa soy yo—, o por alguna ausencia imposible. Aun cuando no lo advierta en el momento, después, al recordar, encontraré que la memoria ha clasificado el episodio estampándole el sello de la irrealidad y de la duda. (Sucederá con un amanecer en Lima, en el que una pareja de desconocidos trata de alojarme en una jaula de conejos o en una bañera azul, casi en un basural, a la intemperie; con una engeguedora siesta en Agrigento, en que diez niñas vestidas de novias saltan como cabras entre las ruinas de los templos, mientras a mí me asaltan sus hermanos menores y sus enlutadas abuelas trepan a la copa de los nogales; y con una mañana desolada en un hotel de Londres en que abro una puerta y estoy en una casa exactamente igual, pero mi cuarto no es mi cuarto, y debo salir a la calle y entrar nuevamente para volver a encontrarlo, por ejemplo.)

Ahora digo: si soy yo quien va, ¿voy para anunciar algo, como cuando *ellos*, los emisarios, vienen? Porque es indudable que desde allá vienen: Gabriel, la abuela Florencia, el espíritu de Pane y tantos otros.

Yo estaba segura de que Anonalino venía, de que era él quien venía.

Esa mañana en que lo vi, el cielo era azul de loza con alguna salpicadura blanca a sólo cien metros de la casa. Yo me había sentado en un enorme bloque de piedra, inexplicable, oscura y resbaladiza, al borde del camino, y miraba trocitos del paisaje a través del largavista que formaba cerrando un ojo y haciendo un tubo con la mano, como había aprendido de la Reina Genoveva. De pronto lo vi. Se había sentado en el otro extremo de la piedra y hacía exactamente lo mismo que estaba haciendo yo (tal vez mirara también al hombre que agitaba la gorra en alto desde la punta del poste). El sombrero de fieltro puntiagudo calado hasta las orejas, la cabeza demasiado grande y el traje de pétalos de arpillera lo asemejaban a un duende. No a un duende ágil y travieso, pensé cuando me miró, sino a un duende torpe y empachado, legañoso, quizá. Decidí probar terreno.

—Hola —dije—. ¿Viste al hombre? ¿Crees que subió para sacar la gorra, para espiar una liebre o para saludar a la bandera?

No respondió. El ojo pegoteado parecía no verme, pero la boca se abría en algo que era casi una sonrisa dejando ver algunos grandes dientes dispuestos al azar y una acumulación de saliva que se escurría por su mentón cortísimo y caía, caía. Nunca había visto algo igual. ¡Y esa expresión de estar apenas, de empezar a asomarse o haber sobrepasado el final de la mirada! Indudablemente era de otro lado. El había venido y no era yo quien había ido, porque allá estaba el cerco de la quinta para rescatarme, enfrente me respaldaba el campo de girasoles que llevaría después dentro de mí para ahuyentar los cuervos de la oscuridad, y más lejos respondía por mí el viejo paraíso que hacía guardia junto a la ventana de mi madre. Todo eso testimoniaba en mi favor desde el costado conocido. «¡Bah, conocido!».

—¿De dónde viniste? —pregunté con alguna inquietud, pero me corregí en seguida:— ¿Por dónde viniste?

Me pareció que se encogía imperceptiblemente de hombros. El resto siguió igual.

—No te vi cuando llegaste —expliqué para cubrir el silencio—. ¿Por dónde viniste? ¿Por dónde? —insistí con impaciencia.

Bajó la mano. El brazo se desplazó pesadamente y el índice señaló hacia abajo, hacia un pequeño agujero negro cuyos bordes sobresalían en medio de la tierra apisonada.

—¿Por allí viniste? —exclamé en el colmo de la incredulidad.

Asintió levemente con la cabeza, mientras la cara se mantenía imperturbable.

—Pero eso es un hormiguero. No me dirás que eres el rey de las hormigas. ¿Y cómo haces para volver a entrar? ¡A ver, dime!

Esta vez la boca se abrió convulsivamente, como para un tónico en las amígdalas, y permaneció así mientras la cabeza se sacudía a causa de las contracciones de la garganta. Hubo un gorgoteo y después otros, más algunas succiones, combinados con algunos sonidos inarticulados que no supe interpretar. ¡Esta gente de otra especie! Claro que si él había venido de otro lado, era natural que hablara un lenguaje no sólo ininteligible, sino particularísimo, hecho a través de gárgaras, silbos y sumideros.

Sabía por la abuela que hay duendes que hablan con las voces de la naturaleza: la ráfaga de la lluvia, el susurro de las hojas, las crepitaciones del fuego, el mensaje de

los pájaros. Este no demostraba ser muy hábil. Tal vez lo fuera para las tareas domésticas o las travesuras, que no necesitan de discursos para ser ejecutadas con rapidez y eficiencia. Ojalá lograra llevarlo conmigo, si nos hacíamos amigos. Parecía manso, bondadoso y cándido.

—¿Te llamas Puck o algo por el estilo, a lo mejor? Yo me llamo Lía, ¿y tú? ¿Estás afónico? «Soy el alegre vagabundo de la noche» —tararé para estimularlo a responder, recordando la canción que cantaba mi duende preferido.

Oí entonces un ruido confuso, que parecía decir «lalalalilo», algo que sonaba también como un tarareo, pero lo dijo tímidamente, con la barbilla pegada al pecho, y no podría jurar que no dijo «labor al hilo» o «la loba vino» o «la boba al Nilo».

—¿Cómo dijiste? ¿Cómo? Repítelo, por favor. —Seguía mirando hacia abajo, como avergonzado, y sacudía la tierra con las sandalias rotas—. Vamos, yo te doy la música: «lalalalilo, lalalalilo, lalalalilo» —canté.

No hubo respuesta y desistí. Había que ser prudente para que no se desvaneciera o se convirtiera en algo malo. Desplegué todas mis artes de levedad, igual que para cazar una mariposa, y preparé mi voz para que sonara secreta, como al enumerar los pecados o al hablar a alguien con quien compartimos un escondite en la oscuridad.

—No tienes pies de cabra ni de ganso, por lo que veo, y tampoco andas descalzo. Es raro, ¿no? Pero tus ropas son parecidas a las de los espíritus del follaje que hicimos para Nochebuena con bandas de papel crêpe y ojos de lentejuelas. ¿Son amarillos tus ojos? ¿Son colorados, tal vez? ¿Eres bizco y peludo? No te enojés, por favor, no te conviertas en hierba hechizada para que yo te pise y pierda mi camino.

Me había acercado, deslizándome, mirándolo fijamente. Veía que a esos ojos encapotados les hacía falta un buen colirio. El me contemplaba embelesado y su única respuesta era la sonrisa creciente y una cada vez más abundante producción de saliva. No me asqueaba; pensaba que él era diferente, que él era de otro barrio, y además, ¿no babeaba acaso el gusano de seda? Pero ¿cuál sería su verdadera índole? ¿Y si ahora que me tenía cerca me pellizcaba o me hacía cosquillas hasta que me ahogara de risa o me adormecía durante cien años? Presioné contra mi pecho el talismán de ruda y alcanfor que llevaba prendido en el corpiño y repetí tres veces mentalmente la palabra mágica. Ahora estaba defendida. No, era él quien debía ser mi prisionero, mi rehén voluntario. Me lancé entonces afanosamente en un monólogo que yo creía persuasivo, sabio, irrefutable, ya que las calculadas preguntas, vacilaciones y pausas, estaban matizadas por abundantes conocimientos acerca del fantástico territorio de donde él provenía. El era mi público fervoroso; él era mi elocuencia.

—¿Me dirás por qué no te has vestido de verde o de rojo? Para que nadie te conozca, para engañarnos mejor. Pero se te nota, se adivina quién eres. Por más que te hayas encasquetado el gorro, se ve que tus orejas son puntiagudas y que pueden oír lo que pasa debajo de las raíces y de las piedras. Sé muchas cosas de ti. Sé que puedes convertirte en sapo y hasta en erizo o desaparecer. No me hagas eso, lalalalilo. Quédate como estás y ven conmigo. ¿Sabes hilar y ordeñar las vacas? Si no sabes, no importa; en casa no hay ruecas ni establos, pero hay que escarmenar la lana de los colchones, hacer dulce de alcayota y encontrar los papeles, las agujas y los anteojos que se pierden. ¿No es